

32.

El mendigo.

Un labradó muy piadoso,—tres horas antes der día,
 caminaba, caminaba,—aonde su apero tenía.
 Ayí se le puso er só,—á su casa se gorbía,
 y en er camino encontró—un probe que le decía
 que si quería recogerlo,—que Dios se lo pagaría.
 Le daría de cená;—de tres mantas que tenía
 , —la mejó l' escogería.
 A eso de la media noche—
 se lebantó er labradó—
 á echarle pienso á la mula,—á be sj er pobre dormía.
 S' encontró con Jesucristo;—la crus por cama tenía;
 le contestó er labradó:—
 Si yo lo hubiera sabío — la compañía que tenía,
 hubiera puesto una cama—de oro y de prata fina.
 Te imprometo, labradó,—pan para toda tu vida,
 y á la hora de tu muerte—tendrás la groria cumprida (1).

(1) Es variante fragmentaria del romance asturiano núm. 26. Oída por Rodríguez Marín á un mendigo de Alameda (Málaga), que la solía recitar pidiendo limosna, si bien prefería por más corto el romancillo que empieza

A tu puerta llega un pobre.

SECCIÓN TERCERA

ROMANCES TRADICIONALES DE VARIAS PROVINCIAS

ROMANCES TRADICIONALES DE VARIAS PROVINCIAS

I. Fuera de Asturias, de Andalucía, de Portugal y de Cataluña, existen también romances tradicionales, y puede asegurarse sin recelo de equivocación, que en ninguna provincia de España faltan, aunque no todas hayan sido exploradas. Las especies sueltas que vamos á consignar no llevan más propósito que el modestísimo de llamar la atención de los eruditos locales sobre estos filones que ellos pueden beneficiar mejor que yo, pues confieso que no soy *folk-lorista* de profesión, y que la poesía popular me interesa principalmente por lo que tiene de poesía, ni más ni menos que me acontece con la poesía artística y erudita, que vale para mí más ó menos, no en consideración á su valor social é histórico, sino en relación á su valor estético. Si esto es error ó falta de criterio científico, confesado está desde luego, y la sinceridad me salve.

Por espíritu de mal entendido regionalismo, han llegado doctos é ingeniosos escritores (1) á negar en términos

(1) Así D. Manuel Murguía en su *Historia de Galicia* (Lugo, 1865), tomo I, p. 256:

«Aquí en este país, en donde abundan las leyendas... puede decirse que carecemos del verdadero *romance*, como si se quisiese decir de esta manera que á nuestro pueblo algo de profundo é *insuperable* le separa del resto de la nación... Casi podemos asegurar que no se conoce en Galicia el *romance*... Parece que hacia la parte

poco menos que absolutos la existencia de romances en Galicia; como si fuera timbre de gloria para ningún pueblo de nuestra península el carecer de un género tan popular y tan hermoso. Tal afirmación podía negarse *à priori* por el solo hecho de estar colocada Galicia entre dos regiones afines, Asturias y Portugal, que son cabalmente las que mayor número de romances poseen y las que mejor los han conservado. Pero afortunadamente hay pruebas directas de la existencia en Galicia de romances gallegos, y también de romances castellanos. Y para que se entienda que hablamos de *verdaderos romances*, es decir, de romances octosilábicos, prescindiremos de los romancillos ó jácaras en versos de seis sílabas, como *el del Ciego* y *el de Sancta Irena*, publicados por Murguía (1) y de los cuales existen también variantes portuguesas.

Don Manuel Milá y Fontanals, en su importante estudio *De la poesía popular gallega* (inserto en la *Romania*, de Paris, tomo VI, 1877, y reproducido en el tomo V de sus *Obras completas*, 1893, pp. 363-399), dió á conocer una variante en gallego del romance del Conde Alarcos, llamado aquí *el Conde de Algalia*

Indo doña Silvela—por un corredor arriba,
tocando n-unha vigüela —n' a calle de' a Figuria...

y además fragmentos del romance *de la adúltera castigada*, del de la *aparición*, y del burlesco de *Don Gato*, del cual

»de Asturias, en Rivadeo y Vega de Castropol, se conservan algunos escritos en una de esas variedades del gallego, natural á nuestros pueblos fronterizos... Nosotros podemos decir que á pesar del grande empeño que en ello hemos puesto, nos ha sido imposible adquirir en gallego un romance de regulares dimensiones »

(1) *Ibidem*, pp. 257 y 579. D. Manuel Milá publicó otra versión en el trabajo que mencionaré inmediatamente.

se conoce también una variante andaluza publicada por Fernán Caballero. En uno de estos romances se ponen en boca de la adúltera algunos versos enteramente castellanos, que en opinión de Milá «son de un poeta malicioso y »no enteramente lego»:

¡Quién te me diera, marido —tendido en aquella sala,
con las piernas amarillas,—la cara desfigurada,
y yo vestida de luto,—llorando de mala gana,
y los vecinos que digan:—«ahí llora la cautivada»,
y los curas á la puerta—diciendo «que salga, salga»!

Trae también Milá dos romances castellanos de asunto religioso, recogidos de la tradición oral en Galicia:

I

Caminando va José—caminando va María,
caminan para Belén—para llegar con el día.
Cuando llegan á Belén—toda la gente dormía.
—Abre las puertas, portero,—portero, de portería,
Abre las puertas, portero,—á José, *amais* á María.—
—Estas puertas no se abren—en cuanto no viene el día.—
Cuando fué la media noche—la Virgén parida *sía*,
con su niño en los brazos—lloraba cuando podía;
echó mano á los cabellos—á un lienzo que tenía,
lo puso en tres pedazos—y al niño envolvió María,
vienen ángeles del cielo,—ricos pañuelos traían.
Los unos eran de lino,—otros de la lana *fia*,
luego volvieron á ir—cantando el Ave María.

II

Era la hija de un rey moro—que otra hija no tenía,
rezaba cinco rosarios,—todos cinco era en un día.
Uno era por la mañana—y otros dos al mediodía,
y dos en la media noche—cuando su padre dormía.

Quando rezaba el rosario—vino la Virgen María:
 —¿Qué haces aquí, mi devota,—qué haces, devota mía?
 —Estoy rezando el rosario—que ofrecérselo quería.—
 —Si tú quisieras ser monja—ser monja de monjería,
 ¿o quieres subir al cielo—con tan buena compañía?
 —Que yo no quiero ser monja,—tampoco de monjería;
 que quiero subir al cielo—con tan buena compañía.

Del primero de estos romances hay también versión gallega, más completa al principio, más truncada al fin, publicado por el docto portugués Adolfo Coelho en la *Romania* (1873, p. 270), juntamente con otro romance de *A morte de Xesus*:

Juebes santo, juebes santo—tres días antes de *Pascoa*.

Apoiado en estos retazos, y en la noticia de otros, y en la persistencia del metro en poesías vulgares de época moderna, escribió Milá estas palabras tan discretas y prudentes como todas las suyas: «Si juzgamos por las muestras que hemos reunido, no abundan los romances en Galicia; mas no por esto admitimos que haya en ese pueblo una repugnancia innata hacia un género tan natural y difundido. Acaso se introdujeron ó se compusieron en Galicia en menor número que en Portugal y en Asturias; pero basta para explicar la actual carestía la decadencia del espíritu tradicional y la mayor afición á otros géneros más enlazados con la música y la danza».

Desde 1877, fecha de este escrito de Milá, su demostración ha sido confirmada por nuevos datos, á tenor de los cuales parece imposible negar la existencia en Galicia de un romancero muy copioso, aunque todavía inédito en su mayor parte. La Sociedad de *El Folk-lore gallego*, establecida en la Coruña en 1883, publicó dos años después un interesante *Cuestionario*, donde se da un extenso ca-

tálogo de romances que al parecer se cantan todavía, si bien algunos de ellos quizá estén propuestos como meros temas de investigación, sugeridos por las colecciones portuguesas. Reproduciré esta lista, porque el folleto en que está impreso (1) ha circulado muy poco, como todas las publicaciones de su género. Conservo la numeración del *Cuestionario*, que acaso envuelva un sistema de clasificación, aunque sus fundamentos no se expresan:

»95. Romances tradicionales. Versiones locales de los de *Albuela, Sylvaniña, Guirinelda, O Segador, O conde Yano, O Duque cego, O Conde Nilo, Rufina hermosa*.

»96. Idem de los de *A Bella Infanta, O Cazador, A Enfeitizada, O Conde d' Alemaña, Albanía, Don Aleixo, Noite de San Joan, Bernal-Francés, Reginaldo, Doña Ausenda, Reina e captiva, Don Claros, Claralinda, Don Beltrán, Don Gaiferos, Justiza de Deus*.

»97. Id. de los de *A Romeira, A Pelegrina, Don Joan, A Morena, Doncela que vai á guerra, O captivo, A nau Catrñeta, A Noiva rayana, Doña Guiomar, Don Duardos, Avalor, Marcelino, O ¡ai! da mal casada, O Cordão d'ouro, Gerineldo, Rosalinda, Miragaya, Soldadiño*.

»98. Id. de los de *O gato do convento, A Nena de quinze anos, Gran Torpinos, A Flor da auga, O Férvellas, O Ceo en aracos, Martín-Conde, ¡Quén fora galgo!, Testamento do Rey de Francia, etc.*

»99. Música con que algunos de estos romances y otros se recitan.

»100. Romances religiosos, versiones locales de los de

(1) *Cuestionario del Folk-Lore Gallego establecido en la Coruña el día 29 de Diciembre de 1883*. Madrid, R. Fe, 1885. Fueron redactores de este documento, según al fin de él consta, D. Cándido Salinas, D. Antonio de la Iglesia y D. Francisco de la Iglesia.

O Nadales, O Anibon, Os bos Reis, A fugida, A Pasion, O Calvaro, Por los caminos del cielo, Santa Cataliña, etc., y música usada con cada uno en la localidad.

»101. Romances jocosos. Versiones locales de los de *O sin ver que n' andaba, O Xastre da Lomba, O Testamento do Gato, O Testamento do Galo, O Testamento do Antroido, etc.*

»102. Romances infantiles. Versiones locales de los de *Cantáron o Mayo, De Francia vengo, señora, etc.*, y su música.»

De toda esta riqueza hemos visto hasta ahora muy pocas muestras. En el *Cancionero popular gallego* de Pérez Ballesteros (1), sólo se inserta, además de los recogidos por Milá, una variante muy curiosa de *Doña Arbola* (aquí *Doña Albueta*), cuyo hijo conserva algo alterado el nombre de Don Bueso (*Don Berso*):

¡Quién me dera estar agora—no palacio de meu pai...

.....
Don Berso é cazador,—no monte vai á cazar,
cando don Berso viñer—¿quién lle porá de xantar?
.....

En publicaciones periódicas se habrán impreso, sin duda, otros, pero no hemos llevado más adelante la indagación, porque las versiones dialectales no entran por ahora en nuestro plan más que á título de comparación. Y ciertamente que ha de presentar muchas el romancero de Galicia, si alguna vez llega á imprimirse, porque es el eslabón que falta entre el castellano y el portugués.

II. Completamente afines á los romances asturianos

(1) *Cancionero popular gallego, y en particular de la provincia de La Coruña*, por D. José Pérez Ballesteros. Madrid, R. Fe, 1886. Tomo III, pp. 255-269.

son los que se cantan en la vecina Montaña de León y en la de Burgos (actual provincia de Santander). De la primera proceden los dos interesantísimos romances que por primera vez se imprimen á continuación, recogidos uno y otro en sus excursiones por nuestro generoso amigo don Juan Menéndez Pidal. El primero es la única forma popular que en España ha aparecido hasta ahora de la famosa y universal leyenda que dramatizó Tirso de Molina en *El Burlador de Sevilla*.

I

Don Juan.

Pa misa diba un galán—caminito de la Iglesia,
no diba por oír misa—ni pa estar atento á ella,
que diba por ver las damas—las que van guapas y frescas.
En el medio del camino—encontró una calavera,
mirárala muy mirada—y un gran pantapié le diera;
arregañaba los dientes—como si ella se riera.
—Calavera, yo te brindo—esta noche á la mi fiesta.
—No hagas burla, el caballero;—mi palabra doy por prenda.—
El galán todo aturdido—para casa se volviera.
Todo el día anduvo triste—hasta que la noche llega:
de que la noche llegó—mandó disponer la cena.
Aún no comiera un bocado—cuando pican á la puerta.
Manda un paje de los suyos—que saliese á ver quién era.
—Dile, criado, á tu amo,—que si del dicho se acuerda.
—Dile que sí, mi criado,—que entre pa cá norabuena.—
Pusiérale silla de oro,—su cuerpo sentara 'n ella;
pone de muchas comidas—y de ninguna comiera.
—No vengo por verte á tí,—ni por comer de tu cena;
vengo á que vayas conmigo—á media noche á la Iglesia.—
A las doce de la noche—cantan los gallos afuera,
á las doce de la noche—van camino de la Iglesia.

En la Iglesia hay en el medio — una sepultura abierta.
 — Entra, entra, el caballero, — entra sin recelo n' ella;
 dormirás aquí conmigo, — comerás de la mi cena,
 — Yo aquí no me meteré, — no me ha dado Dios licencia.
 — Sino fuera porque hay Dios — y al nombre de Dios apelas,
 y por ese relicario — que sobre tu pecho cuelga,
 aquí habías de entrar vivo — quisieras ó no quisieras.
 Vuélvete para tu casa, — villano y de mala tierra,
 y otra vez que encuentres otra — hácele la reverencia,
 y rézale un *pater noster*, — y échala por la huesera;
 así querrás que á ti t' hagan — cuando vayas desta tierra (1).

II

Ilenia.

En casa del Rey mi padre — un traidor pide posada;
 mi padre, como era noble, — muy luego se la mandaba.
 De tres hijas que tenía — le pidió la más galana;
 pero él le dice que no, — que no la tien pa casarla,
 que la tien pa meter monja — de la orden de Santa Clara.
 No se la sacó por puertas, — ni tampoco por ventanas;
 la sacó por un balcón — á favor de una criada;
 en ancas de su caballo — llevósela cautivada.
 En el medio del camino — el traidor le preguntara:
 — ¿Cómo te llamas, la niña; — cómo te llamas, la blanca?...
 — En casa del Rey mi padre — doña Ilenia me llamaban,
 hora por tierras ajenas — Ilenia la desgraciada. —
 Sacó un cuchillo el traidor — la cabeza la cortaba,
 la tira n' un pedregal — donde andaban cosas malas;
 della salió una hermitica — muy blanca y muy dibujada;
 de los cascós, las paredes, — la teja para tejlarla.
 Vanse días, vienen noches — y el traidor por allí pasa.

(1) Recitado por Josefa Fernández, vecina de Curueña, Riello (León).

— Decidme, los pastorcillos, — donde el ganado repasta,
 de quién es esa hermitica — tan blanca y tan dibujada?
 — Esta hermitica es de Ilenia, — n' el monte fué degollada.
 — Si esta hermitica es de Ilenia, — vamos todos á adorarla.
 Perdóname tú Ilenica, — por ser el tu amor primero.
 — No te perdonaré yo — ni tampoco el Rey del cielo.
 Vete á aquel altar mayor — y enciéndeme un candelero. —
 Mientras que la vela ardía — el traidor iba muriendo;
 la figura queda allí, — cuerpo y alma pa el infierno (1).

De esta leyenda hagiográfica se conocen, además, una versión gallega publicada por D. Manuel Murguía con el título de *Romance de Santa Irene*, y las siguientes lecciones portuguesas:

a) *Romance de Iria a Fidalga*. Recogida en Santarem por Almeida Garret y publicada en sus *Viagens na minha terra* (t. II, p. 35).

b) *Santa Iria*, variante de Covilham (Beira Baja) en el *Romanceiro General* de Teófilo Braga (p. 125).

c) *Sancta Helena*, variante del Miño. En Braga *Rom. Ger.* (p. 126), tomada por él con cierta desconfianza de la *Revista Universal Lisbonense* (III, 329).

Estos tres romances, lo mismo que el de Galicia y los de las islas, están en versos de seis sílabas.

d) *Dona Iria*, variante del Algarve, en el *Rom. de Estacio da Veiga* (179-184). En octosílabos como la de León y con el mismo asonante.

e) Versión de la isla de San Jorge, en los *Cantos Populares do Archipelago Açoriano* (p. 364).

f) *Estoria de Sancta Irena*. — *Morte de Sancta Iria*. Dos variantes de la isla de la Madera en el *Romanceiro* de Rodrigues de Azevedo (17-20).

(1) Recitado por Josefa Fernández, de 48 años, viuda, vecina de Curueña, Riello (León), 1889.

g) *Sancta Iria*, versión de Celorico de Basto, publicada por C. Michaelis en el *Zeitschrift für romanische Philologie*.

h) *Iria a fidalga*, fragmento de Río Janeiro, en los *Cantos populares do Brazil*, de Sylvio Romero (1, 23).

Es uno de los pocos romances cuyo origen portugués es indudable, puesto que se refiere á la patrona de Santarem, cuya leyenda, tomada de un antiguo Breviario de Évora, puede leerse en el tomo XIV de la *España Sagrada* (389-391). En las provincias de lengua castellana no parece que está muy difundida: yo solamente conozco esta versión leonesa.

III. La vecindad de Asturias, tan rica en romances, y la frecuente emigración de los montañeses á Andalucía, donde también abundan, induce á pensar que nuestra provincia no ha de ser de las últimas en la conservación de este género de poesía popular; pero la verdad es que hasta ahora se han publicado muy pocas muestras de él (1). El inmortal pintor de las *escenas montaÑesas*, en uno de sus más deliciosos cuadros de género, en el que se intitula *Al amor de los tizones* (obra maestra de un realismo sano, alegre y poético), ha descrito la *hila* montañesa, análoga á los *filandones* de Asturias. Uno de los entretenimientos de aquellas rústicas tertulias es la recitación de roman-

(1) El erudito P. Sota, historiador montañés, á quien ha desacreditado su ciega adhesión á los falsos cronicones, pero que en cosas más modernas merece ser leído y estudiado con atención, cita en su *Crónica de los Principes de Asturias y Cantabria* (Madrid, 1681, p. 444), al tratar del linaje de los Rosales, el principio de un romance genealógico que se cantaba en su tiempo, y que de fijo no sería el único de su clase:

«Y en la Montaña de Castilla la Vieja, donde es su primitivo solar, se canta vulgarmente en coplas antiguas»:

¿Conocistes los Rosales — gente rica y principal...

ces, de los cuales Pereda cita expresamente dos, aunque no da su texto; el de *Don Argüeso* (nombre que en la Montaña (1) lleva *Don Bueso*), y el de *El Soldado* que, á juzgar por su principio, es el tan conocido *de la esposa infiel*:

Estaba una señorita—sentadita en su balcón;
pasó por allí un soldado—de muy buena condición... (2).

Existe en la Montaña un largo romancillo petitorio llamado de *las marzas*, que suelen cantar los mozos de los pueblos á las puertas de las casas, y que tiene cierta analogía extraña, pero indudable, con el *chelidonismos* ó canción de la vuelta de las golondrinas, que entonaban los niños de Rodas, y que nos ha conservado el sofista Ate-neo (3). Son innumerables las variantes de este romance; pero la más completa que conozco es la siguiente, recogida en el Puente de San Miguel por el admirable escritor

(1) *Argüeso* es nombre geográfico y también apellido antiguo en el país.

(2) *Tipos y Paisajes, segunda serie de Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871, p. 367.

(3) Véase la traducción del distinguido helenista alavés D. Federico Baráibar:

Ven, golondrina — de blancas alas,
ojos brillantes, — pechuga blanca.
Trae del buen tiempo — las horas gratas.
¿Querré del fértil — campo las plantas?
A ella le gustan — tortas doradas,
y vino, y queso, — puesto en canastas.
¿Nos darás algo, vecino, — ó no vas á darnos nada?
si algo nos regalas, bueno, — pero si no, guarda, guarda.
Que nos hemos de llevar — la puerta de tu morada,
y á más la mujer que tienes — y lo que dentro recatas.
No nos costará trabajo, — que está bien poco medrada,
á tí quisiera llevarte, — si das cosa que lo valga.
Abre, abre á la golondrina — las puertas de tu morada,
Abre, que no son ancianos, — sino niños los que llaman.

que se oculta con el seudónimo de Juan García (D. Amós de Escalante):

Ni es descortesía—ni es desobediencia,
 en casa de nobles—cantar sin licencia;
 si nos dan licencia,—señor, cantaremos;
 con mucha prudencia—las marzas diremos.
 Escuchen y atiendan,—nobles caballeros,
 oirán las *marzas*—compuestas de nuevo,
 que á cantarlas vienen—los lindos *marceros*
 en primera edad—y en sus años tiernos,
 como las cantaron—sus padres y abuelos,
 y hacemos lo mismo—para no ser menos.
 A lo que venimos,—por no ser molestos,
 no es á traer,—y así llevaremos
 de lo que nos dieren,—torreznos y huevos,
 nueces y castañas,—y también dinero
 para echar un trago,—porque el tabernero
 no nos acredita—si no lo tenemos.
 Ni era la mayore—ni era la minore,
 que era doña... (1)—ramito de flores,
 y también su esposo—porque no se enoje.
 Salga doña... (2)—la del pelo largo,
 Dios la dé buen mozo—y muy bien portado,
 con el cuello de oro—y el puño dorado,
 y también su hermano—muchos años goce,
 su padre y su madre—que los arrecogen,
 también sus criados—porque no se enojen.

 Con Dios, caballero,—hasta otro año...
 á los generosos—librelos de daño.
 Angelitos somos,—del cielo venimos,
 bolsillos traemos,—dinero pedimos.

(1) Aquí el nombre de la señora de la casa.

(2) Aquí el nombre de la señorita.

Las *marzas* se recitan en ronda nocturna, «con voz plañidera, sin acompañamiento alguno y en un ritmo sencillo de dos frases, parecido al canto llano de la liturgia» (1).

Las *marzas*, á pesar de su nombre, que es indicio claro de su origen, no se cantan exclusivamente en las tibias noches del mes de Marzo. Hay una variante para la noche de Navidad, que comienza:

En Belén está la Virgen—que en un pesebre parió,
 parió un niño como un oro—relumbrante como un sol...

y termina con estas palabras:

A los de esta casa—Dios le dé victoria,
 en la tierra gracia—y en el cielo gloria...

Esta copleja tiene (según Pereda) esta otra variante, que los marzantes suelen usar cuando no se les da nada, ó cuando se los engaña con morcillas llenas de ceniza:

A los de esta casa—sólo les deseo
 que'sarna perruna—les cubra los huesos (2).

Romances religiosos, propiamente dichos, conozco dos, publicados uno y otro por Juan García, el primero en su artículo *La Montañesa*, el segundo en su bellísima novela *Ave, Maris Stella*. Uno y otro son análogos á otros que hemos visto ya en Asturias y Andalucía. Dicen así estas versiones:

(1) *Costas y Montañas (Libro de un caminante)*, por Juan García. Madrid, 1871, pp. 506-509.

(2) *Escenas Montañesas*. Madrid, 1884, pp. 109-110.

Análogos á los *marzas* son los cantares de bodas, de que Pereda ha dado varias muestras recogidas en Tudanca (Vid. *Homenaje á M. P.*, tomo II al fin).

I

La Virgen se está peinando—debajo de una palmera;
 los peines eran de plata,—la cinta de primaveras.
 Por allí pasó José;—le dice desta manera:
 ¿Cómo no canta la Virgen?—¿Cómo no canta la bella?
 —¿Cómo quieres que yo cante,—solita y en tierra ajena,
 si un hijo que yo tenía,—más blanco que una azucena,
 me lo están crucificando—en una cruz de madera?
 Si me lo queréis bajar,—bajádmelo en hora buena;
 os ayudará San Juan,—y también la Magdalena,
 y también Santa Isabel—que es muy buena medianera (1).

II

El Ciego.

Camina la Virgen pura—de Egipto para Belén;
 en la mitad del camino—el niño tenía sed.
 Allá arriba, en aquel alto—hay un viejo naranjel:
 un viejo le está guardando,—¡qué diera ciego por ver!
 —Ciego mío, ciego mío,—¡si una naranja me dier,
 para la sed de este niño—un poquito entretener!
 —Ay, señora, sí señora,—tome ya las que quisier.—
 La Virgen, como era Virgen,—no cogía más de tres:
 el niño, como era niño,—todas las quiere coger.
 Apenas se va la Virgen—el ciego comienza á ver.
 ¡Quién ha sido esta señora—que me hizo tal merced!
 —Ha sido la Virgen pura,—que va de Egipto á Belén (2).

(1) Vid. *La Tertulia*, revista publicada en Santander, en 1876, pp. 82-83.

(2) *Ave, Maris Stella, historia montañesa del siglo XVII*, por Juan García (Madrid 1877), p. 429.

Finalmente, en un modesto, pero muy curioso opúsculo, publicado en 1897 por D. Ramón Ortiz de la Torre y Fernández de Bustamante, encuentro una excelente versión de *Las Hijas del Conde Flores* (por otro nombre *Reina y Cautiva*) y fragmentos de otros cuatro romances, *Delgadina*, *Doña Arbola*, *Celinos y el Conde*, *El Cautivo*, recogidos todos en el pueblo de Bejoris (Valle de Toranzo). Bien parece, y contenta el ánimo, que del solar de D. Francisco de Quevedo hayan salido estas primicias de la poesía popular montañesa.

I

Las hijas del Conde Flores.

—Sal á cazar, el rey moro,—á cazar como solías;
 y traerásme una cristiana—de gran belleza y valía.—
 Ya se saliera el rey moro—á las carreras salía,
 y á la hija del buen conde—allí ficiera cautiva.
 Ya la lleva, ya la lleva—camin de la Morería,
 la hija del conde moro—de su esposo estaba en cinta.
 Ya la presenta á la reina—que hace muy grande alegría.
 —Bien venida la mi esclava—la gentil esclava mía,
 tengo de hacer contigo—lo que con otra no haría.
 Tengo de darte las llaves—de todo cuanto tenía.
 —No quiero tus llaves, mora,—tus llaves yo non quería,
 pues las tuyas son de fierro—las mías de plata fina.
 Quiso Dios y la fortuna—que ambas parieran un día;
 la cristiana parió un niño,—parió la mora una niña:
 las parteras son traidoras—y por haber las albricias,
 llevan el niño á la mora—y á la cristiana la niña.
 No tardara mucho tiempo,—que dentro del tercer día,
 fué la mora á ver su esclava—por ver qué cama tenía.
 —¿Cómo está así la mi esclava,—la gentil esclava mía?
 —¿Cómo queréis qué yo esté?...—como una mujer parida.
 —Darásme mi niño, mora,—que yo le bautizaría,